

Probleme. Größere Schwierigkeiten aus der eigenen Jugend erwähnt Bernard Ominayak, Gemeindepräsident der Lubicon-Cree, nicht. Allerdings beendete er die Schule nicht, weil er sie nicht mochte und lieber auf der Fallenstrecke war. Als eigentlich guter Schüler wurde er jedoch von den Ältesten zur Gemeindearbeit angeregt. Seine Kinder ermuntert er zum Schulbesuch; da sie in der Gemeinde bleiben wollen, betreffen ihn die geringen Beschäftigungsmöglichkeiten dort auch persönlich. Der letzte Beitrag des aus dem Pueblo Jemez stammenden Joe S. Sando stimmt den Leser wieder optimistischer. Seiner Meinung nach hat ihm die Schule nicht allzuviel gebracht, er nutzte aber die aus seiner Teilnahme am 2. Weltkrieg resultierenden finanziellen Möglichkeiten zum Collegebesuch und studierte später. Von seiner eigentlichen medizinischen Ausrichtung kam er ab, als er den Mangel an Unterrichtsmaterialien über die Geschichte nordamerikanischer Ureinwohner erkannte. Heute schreibt er über die Pueblo-Indianer und hält Vorträge an verschiedenen Institutionen. Der berufliche Bereich ist nur ein Teil der euro-amerikanischen Welt, in der er lebt, so wie die Beherrschung seiner Muttersprache und die Partizipation an Pueblo-Zeremonien nur eine Facette seiner indianischen Welt darstellt.

Das Buch schließt mit einem kurzen Anhang, der die Bildlegenden zu den Illustrationen von John Fadden Kahionhes, ein Glossar, Anmerkungen der Herausgeber und ein Literaturverzeichnis enthält. Bei der Publikation handelt es sich im Unterschied zu anderen thematisch verwandten um eine Sammlung von sehr verschiedenen Beiträgen. So kommen sowohl alte als auch junge Individuen zu Wort, deren Schulbesuche in unterschiedliche Perioden fallen und die zudem teils eher positive oder negative Erinnerungen bzw. Erfahrungen bezüglich ihrer Kindheit und Jugend haben. Außerdem äußern sich Personen, die sich z. B. beruflich mit dem Fachgebiet beschäftigen. Dadurch erhält der Leser eine gute allgemeine Einsicht in die Materie und die damit verbundenen Probleme. Daher kann man das Buch jedem empfehlen, der sich für das Thema interessiert.

Dagmar Siebelt

**González Carré, Enrique:** Ritos de tránsito en el Perú de los Incas. Lima: Lluvia Editores; IFEA, 2003. 143 pp. ISBN 9972-627-50-0. (Colección Biblioteca Andina de Bolsillo, 18)

Este nuevo libro de Enrique González Carré está dedicado a los ritos de paso en el Perú incaico. La premisa básica que subyace cada una de sus páginas es que existió un ciclo ritual fuertemente establecido, cuyo patrón general se hallaba plenamente difundido y tan sólo sufría ligeras variaciones locales en cada pueblo que componía el Tawantinsuyu. En un proceso altamente institucionalizado de modelado de la persona, estos ritos regulaban los pasajes del individuo desde el nacimiento hasta la muerte, marcando en cada una de las etapas de la vida el reconocimiento colectivo de una nueva categoría social. Si bien la mecánica formal de estas prácticas se encuadra sin mayores problemas en las formulaciones

clásicas de Van Gennep – separación del estatus previo, estado liminal ambiguo y finalmente incorporación al nuevo estatus – González Carré enfatiza particularmente los procesos de educación y socialización que pone en escena el rito.

El primer capítulo trata las prácticas relativas al nacimiento describiendo los cuidados a los que se sometían las mujeres embarazadas para asegurar la normalidad y el buen crecimiento de niño: ayunos, abstenciones sexuales y oraciones a las *huacas*. También expone una serie de creencias y nociones con respecto a la concepción, el papel desempeñado por el semen en la gestación, el uso curativo del cordón umbilical y las asociaciones simbólicas entre la menstruación y los cultivos. Según González Carré, se ponían en juego ciertos conocimientos de medicina y terapéutica popular en el momento del parto, pero en líneas generales se trataba de un procedimiento sencillo. Luego se presentaba el niño a los familiares y amigos en un rito llamado *aylluskay*, durante el cual se le imponía al niño su primer nombre personal, que era provisorio. No había grandes cuidados específicos más allá de bañar al recién nacido (aquí el autor desarrolla una disquisición algo confusa sobre nociones como “profilaxis” o “purificación”, que no parecen discriminarse del todo entre los significados atribuidos al rito por los observadores misioneros y por los indígenas). En cuanto a la conformación progresiva de la persona del niño, González Carré documenta, por un lado, las asociaciones simbólicas entre la abstención del sexo por parte de la madre y la lactancia exitosa; y, por el otro, la práctica de la deformación craneana (por más que el autor dé la impresión, por momentos, de pensarla más como una práctica “salvaje” que como una técnica cultural de modelado del cuerpo). Finalmente, se detallan las costumbres relativas al tratamiento de los hijos deformes y mellizos, que González Carré prefiere explicar por las consideraciones económicas y políticas expansionistas del imperio más que por concepciones morales o éticas (37).

El ritual del *rutuchikuy* ocupa el segundo capítulo. La misma etimología del término (*rutuy*: cortar, *chukcha*: cabello) describe el evento: tras el destete, es decir el paso de alimentación sobre la base de leche materna hacia otros alimentos, los padres del niño organizaban una fiesta invitando a parientes y amigos. Un tío anciano cortaba el pelo y las uñas del niño – que, como en alguna página de Frazer, se guardaban celosamente para evitar que algún malintencionado pudiera dañar al niño mediante brujerías. El tío ofrecía luego un regalo que simbolizaba el nacimiento simultáneo de dos relaciones: la primera con su sobrino (padrino), la segunda con los padres (compadrazgo). Una vez más se imponía un nuevo nombre, que el niño llevaría hasta la adultez y era elegido por los padres o los abuelos debido a algún acontecimiento significativo para ellos. Según González Carré, en ocasiones se elegían los nombres de los padres o los abuelos del niño. Sin embargo, no queda claro si el autor se inclina por explicar esta costumbre como una mera conmemoración; o como una creencia en la reproducción de las virtudes del

antepasado prestigioso; o si, en cambio, prefiere la hipótesis de una reencarnación stricto sensu, en la cual la homonimia es signo de una identificación plena entre el niño y su ancestro.

El tercer capítulo describe las pruebas de iniciación durante la pubertad, mediante las cuales los jóvenes ganan su pasaje al estatus de madurez; y, lo que es más o menos lo mismo, la condición de aptitud matrimonial. En el caso de las mujeres, se trata del rito llamado *kikuchikuy*. En particular, se describe la *qquicun huarmi*, la primera menstruación de las niñas, y el *qquicuchicuni*, una borrachera festiva con que los familiares acostumbraban celebrar esta ocasión. Luego de someter a la muchacha a un ayuno de tres días, su padrino le explicaba los deberes femeninos, y luego le imponía su nombre definitivo. En el caso de los muchachos, se celebraban unas grandes borracheras llamadas *warachikuy*, durante las cuales los padrinos les colocaban los primeros *waras* de adorno. También les imponían un nombre definitivo (generalmente de antepasados prestigiosos) que deberían llevar hasta la muerte. Luego los azotaban recordándoles sus deberes de valentía en la guerra, veneración a las *huacas* y obediencia al Inca; y los obligaban a demostrar todo el tiempo una gran resistencia física frente al ayuno, el sueño y el acoso del enemigo. Finalmente un baño ceremonial sellaba el pasaje de los jóvenes hacia el mundo adulto. González Carré explica estas costumbres por el carácter expansionista y militar del estado cuzqueño, y las vincula con la rica tradición oral relativa a los hermanos Ayar.

La influencia económica y militar del estado cuzqueño en la vida ceremonial también se hace sentir en el matrimonio, que convertía a la persona en ciudadano incaico con plenos derechos, facultades y obligaciones. En el cuarto capítulo, en efecto, se analiza la reunión entre los parientes de ambas familias, en la cual los parientes mayores informaban a la joven pareja de sus deberes y obligaciones conyugales; las ocasiones en que había un período de servicio postmarital; la finalidad política del matrimonio, que iba más allá a los eventuales lazos afectivos entre los cónyuges; y finalmente el *sirvinakuy*, generalmente llamado “matrimonio de prueba”.

El último capítulo está dedicado a la funebria. Al describir cómo se embalsamaban a las momias y se las enterraba con sus pertenencias, González Carré apoya su argumentación sobre datos provenientes de la arqueología, rastreando el origen de estas prácticas y creencias relativas a la vida ultraterrena en culturas como Chavín, Moche y Nasca. En el velorio, llamado *pacaricuy*, los familiares y amigos se reunían a comer y a beber relatando las hazañas más notorias del difunto en un tono lastimero; también había lamentaciones rituales, muchas veces a cargo de lloronas especialistas. Si el muerto era muy querido, o gozaba de una alta posición social, podía suceder que la gente embriagara y luego enterrara con el difunto a algunos de sus parientes, mujeres o sirvientes. Luego se acostumbraba a quemar o tirar a un río las ropas del muerto. Finalmente todos se bañaban, se ponían vestimentas oscuras y se absténian

de manifestar alegría en público. En algunos casos, incluso, los parientes se cortaban el pelo. El mes de noviembre se dedicaba especialmente a atender a los ancestros. El autor, en este sentido, hace especial énfasis en demostrar cómo las diferencias entre las diversas clases sociales se proyectaba hacia la vida ultraterrena, originando diversos tipos de “culto a los muertos” (138).

Para concluir diremos que, si bien son copiosas las referencias a fuentes como Blas Valera, Garcilaso de la Vega, Guamán Poma de Ayala, Martín de Murúa, Fernando de Montesinos, Bernabé Cobo, Betanzos, Cieza de León, De las Casas o Cristóbal de Molina, llama poderosamente la atención la ausencia casi absoluta de la literatura andinista. Murra, Zuidema o Urton brillan por su ausencia, y ni siquiera los trabajos de María Rostworowski – que prologa el volumen – son utilizados. No se trata aquí de aferrarse dogmáticamente a un academicismo inflexible, sino únicamente de sugerir que la argumentación bien pudo haberse beneficiado de los datos acopiados por otras investigaciones que trataron los mismos temas elegidos por González Carré. Por citar tan sólo un ejemplo, la discusión hipersimplificada de la alianza matrimonial entre el pueblo, la nobleza y el Inca, plagada de expresiones como “endogamia clasista” (104), “castas” (114) o “pureza de sangre” (115), padece ante una obra como “Inca Civilization in Cuzco”, que revela la dificultad de incurrir en simplificaciones excesivas (por ej. el pueblo es monógamo, la poligamia una prerrogativa de la nobleza, etc.).

Exactamente lo mismo puede decirse con respecto a la analítica explicativa y el bagaje teórico y conceptual empleados por González Carré. En general no hay una utilización cabal – y por momentos ni siquiera parcial – de la literatura antropológica, ni una problematización de los conceptos más básicos. El empleo de epítetos como “mágico” o “supersticioso” como conceptos analíticos no habla bien del arsenal conceptual sobre el cual se sustenta la investigación, compuesto por diccionarios de sociología y antropología más que por obras relevantes sobre temas como el padrinazgo, el compadrazgo, el parentesco y la alianza, el mito, el ritual o el estudio comparado de las religiones. Pese al interés innegable de su temática, todo indica entonces que “Ritos de tránsito en el Perú de los Incas” tendrá más fortuna como obra de divulgación que como referente indispensable para la literatura antropológica sobre las culturas andinas.

Diego Villar

**Gottlieb, Alma:** *The Afterlife Is Where We Come from. The Culture of Infancy in West Africa*. Chicago: The University of Chicago Press, 2004. 404 pp. ISBN 0-226-30502-3. Price: \$ 25.00

A. Gottlieb, professeur d’anthropologie à l’Université de l’Illinois, s’est fait connaître depuis une vingtaine d’années par des publications sur les Beng, une ethnie minoritaire de Côte d’Ivoire, implantée au Nord-Est du monde baoulé, à la limite de la zone forestière et de la savane. Le présent ouvrage, dont le titre ne manque pas d’intriguer, est consacré à la “culture de l’enfance”